

á la embocadura del río Sabana, que vierte sus aguas en el golfo de San Miguel, y vieron el torrencioso mar cuyas espumosas olas jugueteaban en las costas, Balboa, armado de punta en blanco, y en la mano un estandarte con la imagen de la Virgen llevando en brazos al Niño Jesús, metióse en las olas hasta la rodilla, desenvainó su espada, y tomó posesión, en nombre de la corona de España, del nuevo mar descubierto, de sus costas, puertos, islas y países adyacentes, retando con voz tonante á combate á todo aquel que quisiera disputarle sus derechos.

La solitaria selva no dió respuesta alguna, y entonces, en señal de la verificada toma de posesión, grabaron cruces en los árboles vecinos y cortaron de ellos algunas ramas.

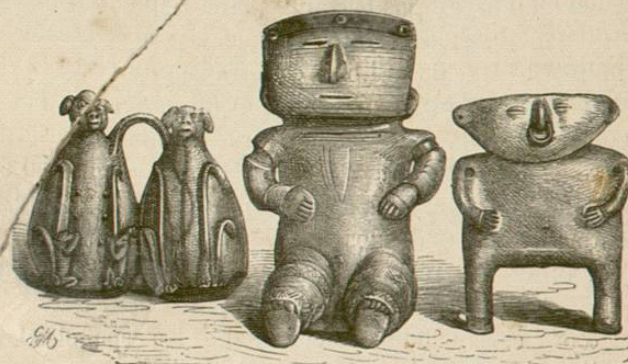
Bastantes semanas permaneció Balboa en las costas del Océano, al que por hallarse en contraposición del que bañaba la costa Norte del istmo dió el nombre de Mar del Sur. En los botes de los indígenas surcó las bahías, visitó diferentes islas vecinas, entró en tratos con sus caciques, y adquirió, comerciando en parte con unos y á viva fuerza con otros, un gran tesoro en adornos de oro. También adquirió multitud de valiosas perlas, que pescaban los indios en las bahías, y que eran tan abundantes que los indígenas acostumbraban á adornar con ellas los mangos de sus remos. Como se comprenderá, no dejó Balboa de inquirir noticias sobre los ricos países del Sur, y supo, entre otras cosas, que los habitantes de éstos se servían de un cierto cuadrúpedo para llevar grandes cargas. Para hacerle más comprensible su descripción, uno de los caciques fabricó de barro la figura de uno de estos animales, que, según opinión de algunos españoles, recordaba al camello. Esta fué la primera noticia que adquirieron de las llamas, animales domésticos del Perú.

El 3 de noviembre emprendieron el regreso, que fué más dificultoso y precario para la pequeña hueste de estos temerarios conquistadores. Como habían cargado de oro los barcos, las provisiones que llevaban eran muy escasas; los indígenas emprendían por lo general la fuga al aproximarse los españoles, y el hambre era constante huésped de los audaces viajeros. A pesar de esto, no desperdiciaban los españoles la ocasión de despojar á los indígenas que sorprendían, del oro, perlas y otros objetos de valor que tenían, y de ese modo llegó Balboa cargado con un valioso botín á la colonia de Santa María el 19 de enero de 1514, con toda felicidad, sin haber perdido un solo hombre en su temeraria marcha, después de más de cien días de ausencia.

Algunas semanas después envió Balboa á España el informe de su descubrimiento, y supo dar á éste, bastante importante ya de sí, un valor especial, por haber agregado á él doscientas valiosas perlas y una cantidad de oro que representaba la suma de 20.000 castellanos. Pero si Bal-

boa confiaba acallar de este modo las acusaciones que se habían lanzado contra él por su proceder contra Enciso y Nicuesa, sus afanes eran tardíos, pues antes de que llegase su informe á la corte de España habíase nombrado ya gobernador de Darién á Pedro Arias de Avila, que se hizo á la vela en abril de 1514 con una escuadra de veinte barcos y mil quinientos hombres para ir al lugar de su destino.

Entre su comitiva hallábanse muchísimos caballeros, algunos de los cuales habían de alcanzar más tarde brillante nombre en la Historia, como, por ejemplo, B. Fernando de Soto, el descubridor del Mississipi; Francisco Vázquez de Coronado, el conquistador de las siete ciudades de



Antiguas figuras de barro de Colombia (Museo Etnográfico de Berlín)

Cibola; Diego Almagro, el conquistador de Chile; Benalcázar, el conquistador de Quito y Bogotá, y Bernal Díaz de Castillo, el audaz compañero de batalla de Hernán Cortés durante la conquista de México.

Pedro Arias de Avila tenía el encargo de investigar minuciosamente y con toda severidad el delito cometido contra Enciso y Nicuesa, y castigar á los culpables; mas las negociaciones dilatáronse mucho tiempo, cesando completamente cuando así Quevedo, nombrado obispo de Darién, como la esposa de Avila intercedieron por Balboa. Mientras tanto había llegado el informe de este último á manos del rey, y en recompensa de sus grandes servicios fué nombrado adelantado del mar del Sur, confiéndole además el mando de los países descubiertos por él en la parte Sur del istmo, pero con la condición de que estuviese supeditado al poder supremo de Avila.

Ambos hombres, tanto Avila como Balboa, organizaron diferentes expediciones destinadas á explorar con mayor detenimiento el istmo. Una de éstas, al mando de Morales y de Pizarro, tenía por objeto la conquista de las islas de las Perlas, situadas al Oeste del golfo de San Miguel; otra



se dirigía á saquear el templo de Dabayba, repleto, al parecer, de oro, y al cual, en vista de haber fracasado la primera expedición, enviaron otras dos que tampoco obtuvieron resultado. Una de las expediciones más importantes era aquella que á las órdenes de Ayoro estaba destinada á fundar con cuatrocientos hombres una serie de estaciones para establecer comunicación entre las costas Septentrional y Meridional del istmo.

Cuando estas estaciones fueron destruidas por los indios, encargóse Balboa del asunto. Primeramente erigieron en las inmediaciones de Careta el puerto de Acla, y desde éste tomaron disposiciones para una expedición mayor á fin de explorar más ampliamente el mar del Sur. Para esta expedición eran necesarios bastantes barcos, que se construyeron en Acla, arrastrándolos después por el bosque virgen sobre la lengua de tierra con indecibles trabajos. Si bien este transporte costó la vida á centenares de hombres, los esfuerzos fueron al fin coronados por el éxito, pudiendo emprender Balboa con sus dos carabelas una travesía de reconocimiento sobre las aguas del mar del Sur. Este viaje siguió su curso á lo largo de la costa Occidental de la actual república de Colombia, pero desgraciadamente viéronse obligados los barcos, por vientos contrarios, á emprender el inmediato regreso sin haber alcanzado el Perú, el país del oro.

Durante todas estas conquistas cometieron los españoles las más espantosas crueldades con los indígenas, matándolos á centenares ó haciéndolos despedazar por los perros de presa; á otros se les daban espantosos tormentos para obligarles á confesar si tenían tesoros escondidos. Desgraciadamente es un hecho indudable, observando la historia de la conquista, que era tan sólo ruín codicia la que les guiaba á propagar las costumbres orientales, y que los propagadores de éstas eran por regla general hombres sin corazón, brutales y fríos, que no despreciaban la traición, la falta de palabra, ni el asesinato, para llegar á sus fines.

La historia de la conquista española demuestra que muchos de los conquistadores, en su ciego afán de obtener oro y poder, no respetaban á sus propios compañeros, sino que los arrollaban siempre que eran un obstáculo en su camino.

Balboa estaba destinado á ser víctima de una suerte semejante á causa de su enemigo y jefe Avila.

La especial posición de los dos rivales había originado con el transcurso del tiempo entorpecimientos que en vano trataba de salvar el obispo Quevedo proponiendo un casamiento entre Balboa y la hija mayor del gobernador. Por más que se realizó éste, no tardó en renacer la desconfianza de Avila cuando le comunicaron que Balboa proyectaba nada menos que hacerse completamente independiente y erigirse en gobernador

de las provincias de Panamá y Coyba. Conociendo Avila que con su separación de aquellos ricos países perdía su distrito el valor principal, celoso de su poder, mandó prender á Balboa como traidor y decapitarle en Acla, después de un corto proceso, el año de 1517.

Así murió Balboa, uno de los más excelentes y hábiles descubridores españoles, á los cuarenta y dos años de edad, y cuando tanto podía esperarse aún de su valor y aptitud.

Su apasionado contrario insultó aún el cadáver de su rival mandando clavar en una pica la cabeza de éste y exponerla por espacio de muchos días en la plaza pública.

Como si quisiera demostrar aún después de su muerte la aversión que le inspiraba Balboa, hizo que ignoraba completamente sus planes, cuyo afán, como sabemos, era buscar aquel rico país situado al Sur que lleva el nombre de Perú. En contraposición á tales proyectos, dirigíanse ahora todas las expediciones á la investigación de los países situados al Noroeste del istmo.

Estos descubrimientos y conquistas partían desde la colonia de Panamá fundada el año de 1519 y engalanada con el título de ciudad en 1521; de este modo exploró Bartolomé Hurtado la pacífica orilla del mar de Costa Rica hasta llegar al golfo de Nicoya; aún más allá penetró Gil González Avila, pariente del gobernador, que llegó el año de 1521 hasta Nicaragua, emprendiendo una marcha, que fué coronada de éxito, hasta el interior del país donde gobernaba el cacique Nicaragua. Este recibió á los españoles con la mayor afabilidad, viendo tranquilamente que González de Avila, delante de sus compañeros y de los indígenas reunidos, entrase á caballo en el magnífico lago de Nicaragua, que tiene numerosas islas de origen volcánico, y bebiese agua del mismo, tomando posesión ceremoniosa y solemnemente de él y de todo el país que le rodeaba.

El éxito de esta expedición, de la que trajeron oro por valor de 100 000 pesos, estimuló á González de Avila á proseguir sus descubrimientos, emprendiendo el año de 1524 un segundo viaje á Nicaragua. Esta vez penetró en el país por la costa Oriental, por cabo Honduras, dirigiéndose al lago de Nicaragua en dirección Sur, encontrándose allí con otra expedición enviada por Pedro Arias de Avila, bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba, para someter á Nicaragua, y que había echado los cimientos de las ciudades de Granada y León. Entre los dos rivales origináronse pronto cuestiones, que terminaron cayendo González sobre la hueste de su contrario y quitándole las armas y el botín que había recogido. Más tarde volvió González á la costa Oriental del país, que le fué disputada ahora por Cristóbal de Olid, un partidario de Hernán Cortés.

Fernández de Córdoba, por el contrario, que después de la partida de



González se había establecido en Nicaragua, tratando pronto de hacerse independiente del gobernador Pedro Arias de Avila, fué buscado y preso por éste, que marchó á Nicaragua á la cabeza de un gran ejército, ordenando su decapitación en la ciudad de León el año de 1526. En la misma ciudad murió también, el año de 1530, el gobernador Pedro Arias de Avila, cuyo nombre, no sólo á causa de la mala administración de los países que le habían sido encomendados, sino sobre todo por la cruel opresión que ejercía sobre la población indígena, ha sido justamente infamado.



Costa del istmo de Darién, para ver la ruta seguida por Balboa en su viaje de descubrimiento



Retrato de Juan Ponce de León

### JUAN PONCE DE LEÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA FLORIDA

Como ya había demostrado Colón que tanto Cuba como las islas Lucayas ó Bahamas, situadas al Noroeste, ofrecían poco oro, habíanse ocupado, como es natural, los españoles solamente en la exploración de los ricos países situados en la costa Norte de la América del Sur. Las aguas al Norte de Cuba y la Española fueron despreciadas, y Colón mismo no volvió á visitar jamás las islas Lucayas, descubiertas primeramente por él,